



Ángel II, Sandra Fernández

SOBRE QUIROGA

Desde el Consejo Editorial de PIROCROMO

La muerte es lo único seguro en la existencia, de manera que no es de extrañarse que tenga presencia como uno de los temas recurrentes en la historia y en la literatura, y siempre con numerosas formas de ser narrada. Pero el fenómeno más natural de la existencia sigue siendo una sorpresa, desde la forma en que “llega” hasta el “cuándo”. Nos ocuparemos entonces, de uno de los autores literarios cuya relación con la muerte está marcada desde su nacimiento.

Horacio Quiroga, escritor uruguayo nacido el último día del año 1878, es considerado como el representante del cuento hispanoamericano, elevándolo al nivel de Edgar Allan Poe. Queremos resaltar que Quiroga nace en la agonía de 1878.

Decimos historia y literatura porque ambas intervienen en el proceso de escritura de este autor, y es que la tragedia marcó su vida. Nuestro autor tuvo que salir de Uruguay a los 23 años, a causa de haber matado accidentalmente a su mejor amigo. Los triunfos siempre

son antes o después de tragedias; muere su padrastro y con la herencia Quiroga viaja a París en primera clase, pero regresa en tercera, ya que no le fue tan bien como él hubiera esperado. Al publicarse su primer libro, dos de sus hermanos son víctimas de la fiebre tifoidea. Su primera esposa se suicidó, y cuando los médicos le diagnosticaron hipertrofia de próstata, su segunda esposa y la hija, fruto de este matrimonio, lo abandonaron —solo y enfermo— en la selva. Se traslada al hospital donde una cirugía exploratoria reveló que sufría de un caso avanzado de cáncer de próstata, intratable e inoperable. Se suicidó en el hospital bebiendo un vaso de cianuro la noche del 19 de febrero de 1937.

La trágica vida de Horacio Quiroga, llena de suicidios y muertes, llegó a marcarlo de tal manera que reflejó en sus obras un contenido de tragedia, horror y muerte, como lo apreciamos en cuentos como “La miel silvestre”, “El almohadón de plumas” o “La gallina degollada”.